

## EDITORIAL

**E**L nacer y el vivir de un ser humano entrañan un reto innegable y pertinaz. El nuevo ser entra en un mundo desconocido e incierto, mientras que en el seno materno gozaba de seguridad y armonía con el medio. En el vivir diario afrontará fuerzas hostiles, desafíos y dificultades varias, que irán marcando su camino y destino. Al final de la vida se enfrentará con el último y definitivo reto: el aniquilamiento total de su ser o la vida para siempre con el Señor, como dice san Pablo.

La historia de un pueblo, de una nación o de un continente pasa por retos semejantes a los del ser humano, aunque más complejos e intrincados. La gestación y alumbramiento de una América cristiana, con la primera evangelización, hubo de superar enormes adversidades de diverso género e ingentes y duros trances, provenientes tanto de los indígenas como de los evangelizadores. No fue fácil asimilar el hecho de que la evangelización llegara mezclada con la conquista de las armas. Tampoco fue cosa de poca monta aprender las lenguas indígenas, apropiarse su idiosincrasia cultural y vaciar en ella el mensaje cristiano.

Han transcurrido cinco siglos desde el nacimiento a la fe del continente americano. En estos siglos, en medio de los vaivenes de las ideologías y de los movimientos de los pueblos, la América cristiana, la América católica ha crecido, se ha robustecido y ha alcanzado una cierta madurez, al menos en buena parte de sus pastores y de los laicos más comprometidos. Más aún, ha llegado para América Latina la hora de dar el paso de evangelizada a evangelizadora, como claramente lo han percibido y formulado los obispos reunidos en Santo Domingo.

Cada época histórica, cada cambio generacional, sin embargo, acarrea consigo nuevos desafíos, nuevas coyunturas que lidiar en el ruedo de los acontecimientos. En la coyuntura actual de fin de siglo y de milenio, no hay continente que quede

al margen de retos formidables en los diversos campos del quehacer humano, sea político o económico, cultural, social o religioso. Por eso la Iglesia entera, guiada por su supremo Pastor, se ha lanzado con nuevos bríos y renovado ardor a la tarea inconmensurable de la nueva evangelización. No es un continente el único necesitado, son los cinco continentes de nuestro planeta los urgidos de evangelización.

¿Cuáles son los retos más influyentes en América Latina? A esta pregunta quiere responder *Ecclesia* con este número primero de 1994. Ciertamente son muchos los retos y en cada nación o incluso región habrá retos peculiares. También es verdad que no todos los retos importantes y comunes serán tratados en este número. ¿Quién duda de que las sectas y los movimientos pseudo-religiosos revisten un peligro serio para la fe católica de millones de latinoamericanos? ¿Cómo no anotar como auténtico desafío la coherencia entre la fe y la moral en la vida pública, profesional y privada? ¿Quién no anotaría el papel de los laicos en la nueva evangelización y qué grande apuesta suponen para los pastores y para toda la Iglesia? ¿Y qué decir de la juventud, en cuyas manos estará la Iglesia del tercer milenio?

*Ecclesia* ha querido prestar atención a cuatro de esos desafíos. Tres son comunes a las Iglesias iberoamericanas, el cuarto peculiar de la nación cubana. Mons. Berlie, obispo de Tijuana, reflexiona, a la luz del magisterio pontificio y de Santo Domingo, sobre la nueva comunidad socio-económica mundial y los retos que tal coyuntura comporta para los países de América Latina. Por su parte, Javier García contribuye con un estudio sobre la nueva evangelización en Santo Domingo. Una evangelización que por sus características, destinatarios, contenido y condiciones supone un verdadero desafío improrrogable y sumamente comprometedor. Néstor Navarro, rector del seminario mayor de Bucaramanga (Colombia) y Vicepresidente del OSLAM, analiza el desafío que las vocaciones al sacerdocio y la formación sacerdotal implica en las circunstancias actuales. Con realismo expone los aspectos positivos, pero no silencia las deficiencias con que la Iglesia se enfrenta a dicho desafío. Finalmente Antonio Allen, periodista cubano, repasa a grandes rasgos la historia de la Iglesia en Cuba, desde el régimen de Castro hasta el momento presente, para concluir con una presentación de la Iglesia actual con sus luces y cruces, con sus

fuerzas de renovación y sus dificultades.

Puesto que el tercer milenio es casi un punto de referencia obligado, ¿qué será del cristianismo latinoamericano en el año dos mil? ¿Será más numeroso y estará más robustecido? ¿Habrà sucumbido a las fuerzas adversas? ¿Logrará triunfar y salir airoso frente a los desafíos gigantescos que ha de acometer? Preguntas graves, inquietantes, a las que ha de responderse con celo y esperanza cristianos.

Esas preguntas interpelan a todos y cada uno de los católicos latinoamericanos. A cada uno desde su vocación y tarea propias dentro de la Iglesia. Ante retos tan formidables, nadie puede cruzarse de brazos, capear la lucha o dejarse arrastrar por un desinterés miope y desconsiderado. La Iglesia de Dios en América Latina vivirá más plenamente su cristianismo el año 2001, si todos desde hoy sumamos nuestras energías y capacidades y miramos de frente con coraje los retos que nos esperan, que ya están llamando a nuestra puerta. Cada católico latinoamericano debería decir: «Me gastaré y desgastaré por establecer el Reino de Cristo en mí y en mis hermanos». Así el «Continente de la Esperanza» contribuirá decisivamente a la nueva evangelización en el mundo entero.

**Ecclesia**

# Hacia una comunidad socio-económica mundial

*Mons. Emilio Berlie*

EL Concilio Vaticano II, en la primera parte de la constitución pastoral *Gaudium et spes*, nos presenta una clara descripción de la situación y de las aspiraciones del hombre de hoy en el orden político, social, cultural y económico, y llega a la siguiente conclusión programática: «Las personas y los grupos sociales están sedientos de una vida libre, digna del hombre, poniendo a su servicio las inmensas posibilidades que les ofrece el mundo actual. Las naciones, por otra parte, se esfuerzan cada vez más por formar una comunidad universal» (GS 9).

Es cierto que la misma constitución aclara que estas aspiraciones del hombre de hoy no pueden basarse primaria y exclusivamente en un progreso de tipo económico y científico-técnico, sin embargo tampoco sería posible lograrlo excluyendo el desarrollo material del hombre.

Efectivamente, frente a los actuales procesos de unificación política y económica que se están gestando en el mundo (Unión Europea, Gatt, Tratado de Libre Comercio en América del Norte), la teología debe pronunciar una palabra de iluminación de estas «realidades terrestres», como diría G. Thils<sup>1</sup>.

Después del Vaticano II, no queda duda del interés e importancia que la teología ha prestado a las realidades terrenas para iluminarlas desde Dios, que ha creado el mundo, que ha hecho suya la causa del hombre y que al final de los tiempos hará que el mundo y el hombre lleguen a su plenitud gloriosa.

---

<sup>1</sup>G. THILS, *Teología de las realidades terrenas*, Bilbao, 1956.